

4-22-2-28

37-3
20
49

PANEGÍRICO

del IV Duque de Gandía,

SAN FRANCISCO DE BORJA,

PREDICADO

POR EL PRESBITERO

DON PABLO SANTOS VALCARGE,

EN LA IGLESIA DE S. ANTONIO DEL PRADO DE ESTA CORTE,

el día 10 de Octubre del año de 1857.

Dedicado al Excmo. Sr. Duque de Osuna,
Gandía, etc.



MADRID.

IMPRESA DE D. CIPRIANO LOPEZ.

Cava-Baja, n.º 19, bajo.

1857.

C
001
090
(20)



PARAGI
SAN FRANCISCO

DON CARLO SANTO

MADE

7 400 40

DEDICATORIA.

Excmo. Señor.

Dos motivos á cual mas poderosos han triunfado de mi repugnancia y delicadeza, para dar á la prensa este desaliñado y humilde discurso. Vuestro religioso entusiasmo en celebrar anualmente las glorias de vuestro Santo, y esclarecido Abuelo, y las reiteradas instancias de vuestros verdaderos é ilustres amigos. Por estas justas y sinceras razones, espero confiado de la bondad é ilustracion de V. E. que atenderá, no al mérito, sino al sacrificio: y en ser así, hallará una prueba mas del alto concepto con que siempre respetó su nombre, su mas atento y agradecido Capellan, Q. S. M. B.

Pablo Santos Valcarlos.

C
001
090
(20)

Universitat de València
ADARNA
C
18
100 (10)

FRANCISCO

DE FRANCISCO DE

DON CARLOS SALTOS VALLARDE

MAURID

DEDICATORIA.

Excmo. Señor.



Dos motivos á cual mas poderosos han triunfado de mi repugnancia y delicadeza, para dar á la prensa este desaliñado y humilde discurso. Vuestro religioso entusiasmo en celebrar anualmente las glorias de vuestro Santo, y esclarecido Abuelo, y las reiteradas instancias de vuestros verdaderos é ilustres amigos. Por estas justas y sinceras razones, espero confiado de la bondad é ilustracion de V. E. que atenderá, no al mérito, sino al sacrificio: y en ser así, hallará una prueba mas del alto concepto con que siempre respetó su nombre, su mas atento y agradecido Capellan, Q. S. M. B.

Pablo Santos Valcarlos.

Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur á generatione in generationem.

No se perderá su memoria, y su nombre se repetirá de generacion en generacion.

(LIBRI ECLES. CAP. XXXIX., VER. 13.)

EXCMO. SEÑOR.

ENTRE las pasiones que nacen con el hombre y le hacen infeliz sobre la tierra, porque tienen su principal asiento en el corazon, descuella como cabeza de todas ellas el amor propio. Así es, que apenas arroja una mirada en derredor suyo, se figura que cuantos objetos le rodean, cuanto su vista alcanza, los animales, las plantas, los elementos, y hasta los autores de su existencia han sido espresamente formados para recrearle; porque se cree superior á todo, y porque todo debe rendirle vasallage; y esta natural idea, mas ó menos modificada por la edu-

cacion, acompaña al hombre durante su vida, y solo cuando fallece deja de existir. Por eso la mala filosofía, siempre ingeniosa en inventar medios inicuos para llevar á cabo sus planes destructores, halaga al hombre en sus pasiones; y auxiliada por el ateismo, ha llegado hasta el punto de persuadirle de que no solo tiene poder sobre su vida, ó la de aquél que osare mancillarla, sino tambien de juzgar y condenar las obras del Criador. ¡Audacia inconcebible! ¡horrible temeridad!

En vano el hombre dominado de esta idea busca por todas partes ese bienestar, esa felicidad, que tanto ambiciona; las criaturas todas, de acuerdo con su Dios, se la niegan. Si entra dentro de sí mismo, solo halla ideas desconsoladoras; en su corazon un caos de pasiones; y en su conciencia turbacion y remordimiento. Si se fija en los objetos exteriores, no halla mas que disgusto en los placeres; en la sociedad fastidio y cansancio; en el mundo un vacío espantoso, y en la naturaleza un silencio profundo que le consterna; un no sé qué, que le rechaza por todas partes, dejándole aislado en el universo, tan solo con la horrible alternativa de ser aniquilado para siempre, ó confundido por toda una eternidad. ¡Desgraciada criatura! Así vivieron y murieron, Excmo. Señor, esos Principes

y Emperadores , esos grandes y potentados, y esa multitud de filósofos, que se gloriaban en su malicia, cifrando únicamente su gloria en su esclarecido linage, en sus trofeos, y en su loca sabiduría. Audaces, insultaron al Cielo, y el Cielo castigó su maldad; Dios los destruyó para siempre, y cual árboles malditos, los arrancó de la tierra de los vivientes (Ps. LI., v. 5.).

Sí, Excmo. Señor; Nabuco hace ver al Rey de los medos, que se gloriaba en la potencia de sus carros y de sus ejércitos, cuán fugaz es la gloria del mundo: la blanca y delicada mano de una mujer detiene y destruye las victorias del Rey de los asirios con la muerte de su primer General (JUDITH. c. XIII., v. 10.): un agudo puñal confunde para siempre el orgullo de César, y Neron con sus dientes afila el cuchillo que ha de traspasar sus entrañas: Sócrates apura la copa de cicuta: Séneca el sabio elige entre el género de muerte que le ofrece su pérfido discípulo: Architofel se ahorca de un lazo, y Voltaire se ve abandonado de Dios y de los hombres.

Tal es, Excmo. Señor, el término que Dios señala á la gloria del mundo: confusion, ignominia y afrenta eterna. Todo se desvanece, todo se disipa cual pasajero rocío al primer rayo del sol, y cual flor hechicera del campo todo se marchita. Solo del buen corazon proceden

todos los bienes; (LUC. c. vi., v. 45.); él forma héroes inmortales que el mundo no merece, y por sus combates y triunfos reinan ahora en la celeste y eterna Sion: hombres divinos, que desprecian y aborrecen las riquezas, las dignidades y el poder; ó si las admiten, es tan solo para sacrificarse con ellas ante las aras santas de la Religion y de la patria. Arrostran, con frente serena por tan caros intereses, los mayores peligros; caminan errantes de selva en selva, ya trepando inaccesibles montañas, y ya ocultos en las entrañas de la tierra.

Esta fué, Excmo. Señor, la celestial filosofía, que hizo admirable delante de los hombres, de los ángeles y hasta del mismo Dios, á vuestro esclarecido ascendiente el IV Duque de Gandía, vuestro abuelo, Franciscø de Borja: filosofía, que le volvió hermoso y agradable como á Jerusalem, y temible al mismo tiempo como á Gedeon: ella le inspiró el amor santo, compendio de la Ley y los Profetas (MATH. c. xxii.); ella le obligó á renunciar generosamente la púrpura y la corona, haciéndole invulnerable á los tiros de la adulacion y de la maledicencia; ella, finalmente, ensalzó su heroismo: su memoria no se perderá, y su nombre se repetirá de generacion en generacion (*et nomen ejus requiretur, etc.*).

Tal es el carácter de ese héroe de la Religion, de ese hombre admirable: yo le presentaré á los ojos de la humanidad, grande delante del trono, vestido de púrpura: grande en los claústros de la Compañía de Jesus, adornado con la humilde sotana.

Grandes del mundo, potentados del siglo, aprended del Duque de Gandía en qué consiste la verdadera grandeza: ricos y pobres, aprendamos todos á buscarla, y haciéndola propia, seamos un dia grandes en el imperio del Supremo Monarca, Jesucristo.

Dios eterno, omnipotente y santo, que os complacéis en ensalzar á los humildes y confundir á los soberbios: de Vos espero, por la mediacion de la mas humilde de todas las criaturas que saliera de vuestra diestra, la gracia necesaria para conseguir el fin que pretendo. Vuestra es la causa, de Vos es la gloria: concededme los auxilios necesarios: os lo suplico por la poderosa intercesion de la humilde Virgen de Nazaret, vuestra Madre, pronunciando su nombre escelso: *Ave Maria.*

Thema ut supra.

Hubo un dia , Excmo. Señor, en los siglos que pasaron , en que una estrella refulgente y la voz de un ángel hicieron confluír en un punto mismo lo mas grande y lo mas humilde de la tierra: dia feliz y venturoso , en que se vieron reunidas en un misero y desmantelado portal las adoraciones de los reyes, con las del mendigo y del pastor. El cuadrante de la eternidad habia señalado ya la hora de la redencion, y el Hijo único de Dios, venia á trazar entre los mortales el camino de un dichoso porvenir, la senda de la verdadera grandeza. Viva encarnacion del infinito, resumia en su mente, y en interminable círculo, todo el pasado y todo lo futuro; y el designio santo, que haciéndole salir de la órbita natural de su movimiento, le llevára al seno purisimo de una Madre immaculada para descender al mundo, habia de conducirle por la cima del Calvario á una Cruz misteriosa, á fin de colocarlo despues y para siempre en la eterna esfera de su accion, tan luego

como asentára en la tierra los indestructibles cimientos del imperio de la verdad. Recopilando en uno todos los sistemas morales y filosóficos; perfeccionando la ley de Moisés, y enseñando á la humanidad el camino de la bienaventuranza, nos descubre el principio para ser grandes delante de él y de la sociedad.

El milagro, Excmo. Señor, se obró: el Dios de las alturas visitó la tierra, y la obra prometida se consumó. El Excelso, el Infinito y Omnipotente, desde el mas alto grado de su divinidad, descendió á los últimos extremos de la miseria humana, y reclinado sobre un pesebre, nos dice: aprended de mí, que soy manso y humilde (MATH. c. XI., v. 29.). La filosofía gentilica sin percibirlo se impregnaba cada vez mas de la doctrina del Salvador. Ciceron habia dicho, que los hombres eran individuos de una misma ciudad: Séneca los tiene por miembros de una misma familia. ¡Mas ay! que el cristianismo hará bien pronto decir á los filósofos y á los sabios, que los hombres todos somos hermanos é hijos de un mismo padre. San Pablo por último añade: dad al esclavo lo que la justicia exige, porque no hay diferencia entre él ni el griego, el bárbaro y el escita: todos tenemos en el Cielo un padre comun, ante quien todos son iguales (AD COL. c. III., v. 11.).

Palabras, Exemo. Señor, que eran el prelu-
dio, ó mas bien el compendio de una doctrina
universal. El Duque de Gandía las lee; las me-
dita; ya no hay en cuanto le rodea cosa alguna
que pueda llamar su atención; conoce por ellas
el camino de la verdadera grandeza; y... pero
no nos detengamos, ni hagamos mención de los
primeros años de su infancia. A los héroes del
cristianismo se les debe considerar en el apo-
geo de su verdadera gloria. Llenos de admira-
ción, sigámosle con la vista hasta el trono de
nuestros monarcas, y veremos que no se envi-
lece con deseos mezquinos y limitados; ni se ilu-
siona con esperanzas vanas y engañosas; ni si-
gue opiniones frágiles ó vacilantes: su opinion,
su deseo y su esperanza fué la misma que animó
á esos astros resplandecientes, á esas firmes
columnas de la Religion, á esos héroes magná-
nimos de los pasados siglos, Roberto de Sicilia,
Enrique II de Chipre, Eduardo III de Inglater-
ra, Esteban I de Hungría, Luis IX de Francia,
y Fernando III de España, que trocaron, no
como Saul y David, la pellica y el cayado por
la púrpura y el cetro; sino el cetro por el cili-
cio, y el régio manto por el saco; y que ni ja-
más tuvieron otro deseo ni otra esperanza que
Dios y su gloria; Dios y su ventura; Dios y su
eternidad. Por esto suspiraba Francisco, esto

anhelaba el Duque de Gandia: ¡cuán feliz era!, Señor.

Arroja una mirada reflexiva sobre el cúmulo de prosperidades que le rodean, y timbres gloriosos, ilustres blasones, gloria, grandeza y todo el conjunto de prendas, que tanto se aprecia en el mundo, y que comunmente exaltan el espíritu de quien las posee, son para Francisco ilusion y vanidad, polvo vil que el viento arrastra.

Sin embargo, su régia y esclarecida propapia, junto con sus dotes sublimes y brillantes virtudes, le merecieron la confianza del monarca, nombrándole Ballestero mayor de la Emperatriz. Honor debido á su mérito, pero situacion crítica, capaz de engreir al corazon mas humilde: situacion horrible, y que á tantos infelices alucinó y trazó el camino de su deseperacion, de su desventura. Sí: por una parte Dios, por otra el Príncipe; el Évangelio y el mundo; la virtud y el vicio; la verdad y la lisonja... ¡Oh! Si Francisco hubiese de combatir enemigos exteriores; si no se tratase mas que de contrarrestar el poder de ejércitos agueridos y disciplinados, hubiérale bastado su corazon grande y su valor heróico, acreditado ya en las espediciones de Africa y de la Provenza: pero los enemigos á quienes tiene que



hacer frente, en el puesto honroso que ocupa, son mucho mas temibles, porque afectan los mas caros intereses de su alma; y para vencerlos, no era suficiente, no, el valor de guerrero; era necesario un fondo de religion sublime, una virtud heroica, una constancia invicta. Era preciso ser lo que Daniel, Lot, José, Tobias y Moisés, en Babilonia, Sodoma, Egipto, Niniwe, y en la corte de Faraon. Todo en derredor suyo era un abismo sin fondo y peligros sin término: sí; un trono brillante, en derredor del cual, como de todos los demás, nacen y mueren las pasiones; crece la ambicion y la lisonja; la intriga, la simulacion y la envidia; la perfidia, la traicion y el engaño: pero no hay que temer. Al frente de sus escuadrones y delante de los enemigos habia demostrado ya el IV Duque de Gandía ser soldado impertérito, sin igual en valor y en celo; el primero en presentar su pecho donde era mayor el peligro; inalterable en las vigiliass; en las fatigas incansable; en subordinacion sin ejemplo: afable, generoso, prudente, previsor y leal: ¿lo será menos en la virtud? ¿los rayos del trono oscurecerán por ventura sus glorias?... ¡oh! no. Veámoslo en las altas horas de la noche, postrado delante de la imágen del Crucificado, y anegado en dulce llanto, le oiremos esclamar: «Entre lo que

veo y lo que soy, no hay relacion reciproca: solo Vos, Señor, sois mi único fin; yo soy obra vuestra y debo poseeros; tan grande, tan infinito como sois de nada necesito para ser feliz: esta felicidad me habeis prometido; he sido criado para ella; de Vos, dulce bien, espero alcanzarla.»

Santas y sublimes palabras, que elevaron á Francisco al apogeo de la verdadera grandeza. Desde allí ve á los hombres, pero entregados á la bulliciosa disipacion que los agita: ve confundidas todas las clases y abandonadas al exceso y al desórden: ve á los grandes y dichosos del siglo, rodeados de pompa, gloria y magestad; pero atormentados interiormente por ese gusano roedor que acibára sus placeres y delicias, al ver que no pueden ser grandes, mientras no posean lo mas grande que hay en los cielos y en la tierra. Francisco, finalmente, ve eclipsarse el resplandor de la reputacion; desaparecer el brillo del honor; desvanecerse la ilusion y la esperanza; marchitarse la hermosura y la belleza, y... ¡oh Dios inmenso en bondad! ¡tu Providencia admirable consumó la obra del Duque de Gandía sobre el féretro de la Emperatriz! Si, Excmo. Señor; sobre el cadáver de su señora, mira Francisco en qué vienen á parar los encantos de una juventud, radiante de vida

y de esperanza; un trono ante quien se arrastran aduladores ambiciosos; el desengaño del tiempo, y el término fatal del orgullo, de la gloria y del poder. Una voz secreta sale del fondo de su pecho, y entre el temor y la esperanza esclama: «*No mas servir á dueño alguno que pueda morir.*» ¡Resolucion heróica! accion sublime á los ojos de la Religion, y que lleva á cabo Francisco, tan luego como ve cumplidos los deberes santos que le impone el ser un verdadero padre, con relacion á sus hijos, y un fiel ciudadano con respecto á la sociedad. Todo contribuye á la realizacion de su pensamiento; parecele ya llegar el momento deseado; pero no; los juicios de Dios son incomprensibles; debe ejercer antes los deberes de juez y de padre en el Vireinato de Cataluña; tiene que hacer brillar la justicia, tantas veces prostituida en aquel siglo por jueces venales y corrompidos; esa justicia emanacion de la divina; justo premio de la virtud y del crimen; gérmen fecundo de positiva ventura, de gloria y de progreso; y única garantía del presente y del porvenir.

Con la justicia, sí, hizo conocer el Virey de Cataluña en qué consiste la felicidad de un pueblo, y le proveyó de todos los elementos para llevar á cabo su mision. Sus oidos, siempre cerrados á la adulacion y á la lisonja, estuvieron

abiertos al clamor de los pobres en favor de sus intereses. Su corazón, de bronce para los contumaces, era de cera para los rendidos: sus manos, en fin, servían para enjugar lágrimas, socorrer infortunios, romper cadenas y abrir cerrojos. Padre común para todos, con la misma igualdad miraba al poderoso, sublimado al apogeo de la grandeza, como al pobre, arrastrado entre el polvo de la miseria. Y... ¿hasta cuándo, Dios mío, esclamaba, hasta cuándo mi corazón no verá cumplidos sus deseos?

Se cumplieron, Excmo. Señor. Dios allanó los caminos: el Duque de Gandía deja ya en el mundo un vástago ilustre, heredero de su valor, de su grandeza y de su virtud: la noble y virtuosa Duquesa, su esposa, descendió también á la tumba; sobre su sepulcro, Francisco cumple los deberes que inspiran el amor, la virtud y la fé, y libre ya de este lazo, se sepulta en el claustro de la Compañía de Jesús, á fin de vivir y morir en la oscuridad y en el olvido. Mas ¡oh juicios de mi Dios! allí mismo se vió resplandecer su verdadera grandeza, que es el asunto de mi segunda reflexión.

II.

Cerca de ocho siglos antes que Jesus el Nazareno apareciese, revestido de nuestra mortalidad, dijo, Excmo. Señor, por uno de sus Profetas: «Perecerá el saber de los sabios, y desaparecerá la inteligencia de los prudentes.» (ISAI. c. XXIX., v. 14.). Verdad, Señor, que se vió realizada del modo mas sorprendente desde el instante mismo en que la victima pura y santa del Calvario sancionó con su sangre su Religion augusta. Verdad, que en el siglo XVI asombró al mundo, cuando, á la aparicion de ciertos hombres, esclamaron admirados los hombres todos: ¿Quiénes son esos séres misteriosos, que ni aman las riquezas, ni les deslumbra el oro, aborrecen los placeres y detestan los honores; que favorecen á quien los odia; socorren á quien los desprecia, y perdonan á quien les injuria? ¿Quiénes son esos dichosos mortales, para quienes la desgracia es su mayor gloria; la pobreza un título de grandeza; el dolor un motivo de alegría, y la horfandad el mas agradable objeto de su ternura? ¿Quiénes, en fin, son esos hombres, que callan cuando se los injuria; hacen bien cuando se los maltrata; bendicen cuando

se les maldice; y surcan los mares, y atraviesan desiertos, se internan en países salvages, y sacrifican su vida por otros hombres, á quienes aman sin conocerlos? Estos son, Excmo. Señor, los héroes de nuestra patria, cuya sangre es la misma que por nuestras venas circula; son los hijos del ínclito y esclarecido español Ignacio de Loyola; son los individuos de la Compañía, tan despreciados y perseguidos por los beneficios inmensos que han prestado y prestan á la Religion y á la patria; al individuo y á la sociedad.

Solo ese Dios Omnipotente, inmenso en sabiduría, pudo, Excmo. Señor, comprender el sacrificio heróico, que juró ante sus altares el Duque de Gandía, al inscribir su nombre en la Compañía de su nombre escelso. Porque yo concibo, Señor, que un hombre forme sus delicias del comercio con sus semejantes, cuando se halla unido á ellos con los vínculos de la confianza, del amor ó del interés: que un avaro se degrade hasta lo mas bajo, vil y denigrante por conseguir las riquezas, que delante de su vista se presentan: que un guerrero esponga su vida á la boca de un cañon ó de una brecha por arrebatarse la palma del triunfo; y que un filósofo se sepulte en la oscuridad, y desprecie las comodidades de la vida por adquirir el co-

nocimiento de todas las ciencias. Todo esto, Excmo. Señor, lo comprendo, porque todo halaga á nuestra flaqueza, á nuestro orgullo, ambicion y egoismo. Pero que un hombre que no aspira al imperio de la ciencia, ni ambiciona la gloria del tiempo, ni felicidad que le alucine, ni placeres que le seduzcan, ni porvenir que le halague, sacrifique lo mas halagüeño, lo mas apreciable que el hombre tiene, la libertad, la voluntad y la vida, ¡oh! esto es lo mas grande, lo mas sublime, el sacrificio mas heróico que puede concebirse en un mortal.

Estos, empero, son los votos de la Compañía de Jesus: el Duque de Gandía lo jura; Francisco de Borja lo cumple. ¿Y de qué manera? ¡Cielos santos! lo cumple adorando diariamente cien veces al Señor, postrado en tierra; rodeando á su delicado cuerpo una pesada cadena; ciñendo sus miembros con acerado cilicio; con un ayuno perpétuo; con ocho horas de oracion mental; durmiendo sobre un haz de sarmientos; y sobre todo, ¡qué confusion para nosotros! con ochocientos golpes de sangrienta y horrible disciplina. Francisco ama tan solo á su Dios: de día y noche suspira por él; y al modo que una pequeña chispa por medio de combustibles se transforma por instantes en voraz incendio que todo lo consume, así el fue-

go de la caridad divina, desprendiéndose del seno de Dios al corazón de Francisco, por el juramento que de tal manera cumple, le llena de un celo prodigioso, le devora y le impele adonde la necesidad de sus semejantes le llama. Ni un momento dá reposo á su fatigado cuerpo, mientras oye los lamentos de sus hermanos; donde quiera que pueda ser útil, allí se encuentra; y en las altas horas de la noche, cuando las sombras convidan á los mortales al descanso, Francisco, sin temor á la tempestad que sobre su cabeza estalla, se dirige en busca del rústico pastor; del misero aldeano; del infeliz y desgraciado; pronto siempre á sacrificarse por tan caros intereses.

Recorre á pie y en medio de las mas crudas estaciones, la mayor parte de las provincias de España y Portugal, predicando el Evangelio santo, monumento eterno del amor de Dios para con los hombres, compendio y epilogo de cuanto se debe creer y obrar para ser felices las naciones. Funda en ellas doce colegios, que son otras tantas fortalezas, de donde salen provistos de las armas invencibles de la Cruz y de la Fé, esos héroes incomparables, que en sus dias los vió, y aun ahora subsisten sus hijos, poblando, aun á pesar del mundo y del averno, en los ardientes arenales de la Libia, y en las hela-

das regiones del norte; en las vastas llanuras del continente Americano; en las islas de los mares Océano Pacifico, Mediterráneo, Índico; en las costas salvages de Africa, y en la multitud de imperios, reinos é islas del Asia. Por todas partes siguen á Francisco multitud de gentes, como las turbas al Salvador (JOANNIS, c. VI.). Los mas grandes prodigios confirman la doctrina que Francisco anuncia, y sin embargo de estos prodigios, Burgos y mi patria querida tuvieron la dicha de ver á ese hombre, que pocos años antes luciera entre los resplandores del trono, conocido en todas las cortes, respetado de los monarcas, y admirado por los pueblos, le vieron, repito, implorar una limosna de puerta en puerta en favor de enfermos y encarcelados!

La obediencia, en suma, le manda partir á la capital del mundo cristiano: Roma se asombra á vista de ese héroe de la Religion; todos desean ver ese ángel en carne mortal, todos ansian oir su dulce voz; y los Pontífices y Cardenales, los Reyes y los Príncipes, los Sabios y Santos respetan sus decisiones, y bendicen al Eterno en su siervo.

Tantos y tan repetidos triunfos preparan á Francisco la mas desecha tormenta. Levántanse, como en otro tiempo, segun decia el Após-

tol (Ep. 1.^a Jub. c. m.), hombres impíos y perversos, enemigos declarados de la Compañía, porque la Compañía de Jesus ha sido y será en todos tiempos el baluarte mas firme de la Iglesia, y el muro mas inespugnable de la Religion. Pero Francisco nada teme: ante el representante de Jesucristo en la tierra, delante de la magestad de España el Emperador Carlos V, defiende y ensalza á la Compañía; triunfa de sus enemigos; y con sus mismos argumentos, destruye los inicuos planes, que fraguáran para su esterinio. Redobra su valor, cuanto mayor y mas terrible es el combate; y solo cede el campo ese héroe invicto, solo huye despavorido á esconderse entre las breñas de Vizcaya, cuando la púrpura cardenalicia quieren colocar sobre sus hombros como ornamento de su virtud y sus trabajos. ¡Accion sublime, propia solo de las almas grandes y generosas! ¡honor despreciado por siete veces, á pesar de las repetidas instancias de Pontífices y Monarcas!

Mas yo, Excmo. Señor, no me admiro, al considerar este desprecio, esta repugnancia y este horror que Francisco tenia á los honores y dignidades; pero me confundo, me anonado, y todo el orgullo de mi corazon soberbio queda destruido, cuando leo en los escritos del Duque de Gandía, del Marqués de Lombay, del Balles-

tero de la Emperatriz, del Ayo de la Princesa, del Virey de Cataluña, del tercer Prepósito general de la Compañía, y del hombre admirado en toda Europa, la firma de «Francisco el Pecador.»

¡O tú virtud santa de la humildad! Tú sola pudiste inspirar tan noble espresion á ese génio; tú le hiciste grande é inmortal en el Cielo, porque se humilló en la tierra (LUC. c. XVIII., v. 14.). Ennudeced, espíritus fuertes y soberbios del mundo: vosotros, que calificais esta virtud de timidez é hipocresia, mengua del corazon y apocamiento de espíritu: vosotros, que teneis á sus fieles seguidores por séres asustadizos, débiles y cobardes, é incapaces de vivir en sociedad, comparad vuestra grandeza con la del humilde Francisco: y mientras que vosotros, escondidos en un rincon de vuestra morada, quereis arrebatar á la naturaleza sus secretos, y apurais los medios todos de vuestro limitado entendimiento, para ser grandes y felices en la tierra, Francisco lo fué sin tanto sacrificio. Tan solo buscó, halló y amó á su Dios; fué, es y será feliz (MATH. c. XXII.). Su nombre se repetirá de generacion en generacion, y no perecerá su memoria. (*Non recedet memoria, etc.*) Al paso que la vuestra se olvidará; ó si se repite, servirá para ser entregada á la pública

execración. ¿Qué importa que ahora habiteis bajo el techo dorado de vuestros salones, que deslumbran al mísero pueblo? ¿Qué importa que vistais ropage de púrpura y seda, que os veais rodeados de bajos é indignos aduladores, y que los placeres y delicias llenen los dias de vuestra vida? ¡Ah! todo desaparecerá delante de vuestra vista; y cuando el sepulcro se abra bajo vuestros pies, y diviseis el primér rayo de la eternidad, una voz secreta y horrible, la voz del remordimiento os hará decir: ¡oh funestas delicias pasadas; vosotras haceis ahora nuestra desgracia presente! Tú solo, Francisco, fuiste verdaderamente grande, porque fuiste humilde; verdaderamente feliz, porque amaste á tu Dios, centro único de verdaderos placeres y castas delicias, y donde tan solo puede saciarse el corazon humano.

Quiera el cielo, Excmo. Señor, que estas palabras, que un dia pronunciarán nuestros labios, se graben desde ahora en nuestro corazon. Aprendamos á ser grandes como Francisco, tanto en nuestra vida pública, como privada: tanto en el tiempo, como en la eternidad. Allá, sí, en el Empíreo, es donde ahora brilla la grandeza de ese humilde, cual astro en perpétuas eternidades (SAPIENT. C. III., v. 7.^o), cerca del trono del mas grande de todos los monarcas, Jesucristo.

¡Oh! tú, ser inmortal, ángel benéfico, humilde Francisco, que el Cielo habitas: vuelve clemente tú vista sobre el vástago ilustre que tu nombre lleva; heredero de tu grandeza y de tu sangre, séalo de tu virtud; jamás desmientan sus hechos, que es digno de tu esclarecida prosapia; huyan por siempre del asilo de su cara familia todos sus enemigos visibles é invisibles; sea feliz por tus ruegos en la tierra y en el Cielo. Alcanza del Omnipotente toda prosperidad y ventura para las ilustres y esclarecidas personas, que se honran con celebrar tus glorias, dando de este modo un solemne mentís á la impiedad, que arrogante pregunta: ¿dónde está vuestro Dios? (Ps. 41.); y publicando al mismo tiempo que en tu querida patria hay todavía almas grandes y generosas, ilustradas con las luces de la verdadera ciencia, la ciencia del Cielo, que no se desdennan en doblar su rodilla ante las aras santas de su Dios. Por esta pública confesion, por su devocion y celo sean dignos de eternas recompensas. Escucha, en fin, propicio las preces humildes que elevo por la sagrada persona, que en este dia, há veinte y siete años que al mundo vino; y que rodeada de magestad, se halla sentada sobre el trono, que tú con tanto amor respetaste y con celo heroico defendiste, sea feliz tambien: y el régio

fruto que en su seno lleva llene las esperanzas de esta nacion: el Cielo conserve su cara existencia; la virtud y la constancia dirijan sus obras, y la Religion y la Fé las santifique. Y humillándose, como tú, bajo la mano potente del Dios infinito en bondad y clemencia, sea coronado un dia con todos sus fieles vasallos en la patria de los héroes, verdaderamente grandes, que es... la Gloria.



Tanto que en su seno hea tano las generaciones
de este mundo el Cielo conserve su parte
tanque la virtud de los siglos duren sus obras
y la Hebrea y la Egiptia sagrada Y babilonia
dece como se dice la mano pinta del Dios in
finito en donde se observan sus coronado un
de con todas las cosas que se en la parte de
los países totalmente grande que es
la gloria de su reino con sus reinos

